

FRANCISCO JAVIER DE LA ROSA

CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE.

HORACIO QUIROGA.

PALENCIA, MENOSCUARTO, 2004.

El lector asiduo de cuentos tiene a su disposición múltiples ediciones de antologías cuyo criterio unificador supera la imaginación del común de los mortales: cuentos tristes, cuentos relacionados con la música, cuentos que transcurren en la nieve, así como relatos firmados por autores con características comunes como la nacionalidad, la tendencia sexual o política. Las reediciones de libros de cuentos, donde las historias aparecen en su contexto original, favoreciendo una determinada interpretación global, inaccesible a la lectura parcial de los relatos, aparecen con menor frecuencia de lo deseable. El lector que se asome a las páginas de este libro, el primero del gran cuentista argentino Horacio Quiroga (1878-1937) podrá comprobar la estudiada trabazón interna, fundada en una suerte de sinfonía a partir de los tres motivos anunciados en el título: el amor, la locura y la muerte. Esta edición, a diferencia de las anteriores, incluye tres cuentos suprimidos por el autor en la última edición revisada en vida, así como cuatro textos en los que Quiroga reflexiona sobre el género literario que él mismo consideraba el más difícil de todos.

Para Quiroga, el cuento, más que un género literario en sí, es un problema, una brecha abierta entre el narrador y el resultado que quiere obtener a través de su lucha con el lenguaje. La escritura, como la selva palpitante que se percibe en sus cuentos, es un desafío a la inteligencia y al corazón, un territorio cambiante, inasible a las estrategias de adaptación que el cuentista va desarrollando en el difícil trato con su imaginación. Los preceptos de Poe, pionero en la prescripción de pautas para dominar el arte del narrar moderno, junto con las sutilezas del estilo de Chéjov o Maupassant, gravitan dentro de la concepción quironiana del cuento; no obstante, son sólo paradigmas orientativos, inicio y referencia de su labor. La creencia en reglas y procedimientos infalibles para confeccionar óptimos relatos es una de las ideas con las que ironiza Quiroga: el cuento es el resultado espontáneo, casi inconsciente, de una búsqueda

tenaz más allá de lo establecido por la tradición. Sostener que “Erase una vez...” es el mejor comienzo para un cuento “si el resto vale”, implica un gesto de humildad, y también un gesto de altanería, un desprecio a las convenciones y a los conformismos narrativos como garantías para el éxito de un cuento. Quiroga no siempre pudo cumplir en sus obras los preceptos que defendía teóricamente, y menos en este primer libro; no obstante, los relatos se mantienen a un altísimo nivel. Las historias se desarrollan en dos escenarios opuestos, la ciudad y la selva, que condicionan la atmósfera y el tema. Quiroga conoció bien ambos ambientes, viajando a París como un joven dandy y posteriormente viviendo en la selva, ocupado en las más ingratas tareas físicas. Los personajes urbanos participan de historias amorosas de comienzo idílico, que progresivamente se van corrompiendo por su incapacidad para controlar sus propensiones autodestructivas. *Una estación de amor*, primer relato del libro, alude al transcurrir de las estaciones del año, símbolo de una existencia alejada de sus fuentes naturales, que, como un agua contaminada, va envenenando las savias de la vida y del amor. Los personajes se pierden entre el mundo mórbido de la morfina o el paralizante de la burguesía de quinta en el campo y lacayos. El paso del tiempo sólo salva el recuerdo, que permanece puro precisamente por no formar parte de la realidad inmediata de los personajes, sino de su aspecto más espiritual y elevado. *La meningitis y su sombra* ofrece el proceso inverso. La enfermedad del cuerpo, amenaza incomprensible y preludio de la muerte, produce la enfermedad del alma, el amor, pero un amor insano, fuera de lo establecido en sociedad, y por tanto, también puro. La final aceptación de los personajes de este orden en los acontecimientos le permite a Quiroga cerrar el libro invirtiendo lo que ha sido hasta ese momento el devenir habitual de sus cuentos urbanos. En medio del libro, encontramos los cuentos ambientados en el monte. Es aquí donde Quiroga se muestra más seguro, original y pleno. Caer en el folclorismo premanufacturado, artificial e irrelevante de muchos de sus contemporáneos era fácil; en contraposición, Quiroga emplea la selva como “un objeto de estudio y un medio para explicar la realidad”, en palabras de Neuman. Mientras la ciudad es un



escenario fijo, limitador de la voluntad, la naturaleza salvaje se muestra cambiante y fascinadora, plena de posibilidades de libertad y realización, y también de muerte. *La insolación*, *El alambre de púa*, y *Yaguaí* están protagonizados por animales de trato muy estrecho con el hombre, como perros, caballos o toros, que al igual que sus dueños, deben pagar un precio, en ocasiones el más alto, por gozar de la plena libertad. La imaginación de Quiroga provee a estos animales de una conciencia justamente desarrollada con su naturaleza, resultando siempre creíble el resultado. *Los mensú* y *Los pescadores de vigas* describen y denuncian la inhumana situación de los indígenas, embrutecidos por la explotación sistemática de los poderes económicos, adelantándose en varios años al indigenismo de obras como *Huasipungo*, de Jorge Icaza. *A la deriva* conecta con otros relatos posteriores de Quiroga donde escenifica la llegada inesperada y progresiva de la muerte. El protagonista, enfermo de gravedad por la picadura de una serpiente, aparece incapaz de contactar con el resto de los personajes, como si la muerte fuera la caída final en la más absoluta soledad. *La gallina degollada* es la metáfora sobre los frutos emponzoñados de un matrimonio carente de verdadero amor, en la que destaca su sutil desenlace. *El almohadón de pluma* figura sin duda entre los más celebrados cuentos de efecto de Quiroga, precisamente por mostrar como el mundo domesticado de la ciudad puede albergar peligros propios de la selva más exótica. De los cuentos rescatados en esta edición destaca *El infierno artificial*, fantasía decadente y macabra sobre un co-cainómano que conserva su vicio aún después de consumida su existencia por esta droga.

En el estilo de Quiroga cada palabra debe ser la precisa para transmitir la historia de forma directa y eficaz, evitando el adorno que podría distraer al lector de la fascinación del relato. Sólo la pintura de paisajes fomenta la aparición de imágenes plásticas de matiz casi expresionista. Quiroga se supo fuera del modernismo tardío y de las vanguardias narrativas: valoraba más la fuerza de la trama, el trazo de personajes y escenarios que el preciosismo estilístico que se empleara para contarla. Toda una bendición para esta época casi sin historias que contar.

